



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 21 DE MARZO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Tatuajes y sonrisas que liberan

ALAS EN LA PIEL.

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Su figura llamó mi atención desde que cruzó el umbral para entrar a mi salón de tatuajes, como un resplandor de palabras escritas en tintas gruesas y con sombras, como si su cuerpo dibujara el dialecto más poderoso, capaz de invocar a ángeles y demonios, con la belleza suficiente para hacerme delinear en el aire: el sonido de campanas provenientes de cualquier iglesia. Volteé de reojo y la miré bien, la reconocí: inolvidable. Había estado en mi salón dos meses antes, con su novio, haciéndose ambos el mismo tatuaje, arriba del tobillo, que pensaba yo: sellaría el amor que iniciaban y seguro perduraría más allá de la vejez y de la muerte. Él, un hombre más cercano a mis treinta y cinco años, que a los veintidós de ella. En ese momento era difícil reconocerlo, pero lo envidié de inmediato.

Dos meses después, ella tomó asiento en mi estudio nuevamente y cuando mi asistente le avisó que un tatuador ya estaba libre, respondió que esperaría a que yo terminara con mi cliente. Traté de calmar la aguja que sostenía en la mano izquierda. La mantuve firme, pero con el pulso suave de una balada metalera que canta una canción entintada en la esperanza. El sudor debajo de mis guantes se traslucía como brillo de mármol húmedo, a la vista de cualquiera.

Le pedí a mi asistente que le llevara el catálogo de tatuajes, pero ella lo rechazó; dijo que esperaría a hablar conmigo para escuchar ideas. Yo no dejaba de recordar su pierna, su muslo firme, el día que grabé sus iniciales y las de su novio, escondidas en una figura jeroglífica, nacida de la nada. Y ahí estaba ahora, sola como reina farón, haciendo parecer su silla: un carruaje de guerra listo para ser conducido por un caballo pura sangre, esperando sujetar con fuerza las riendas de su destino.

Cuando fue su turno frente a mí, me mostró el grabado que yo mismo le había hecho dos meses antes. "Quiero que lo borres, con otro tatuaje encima", me dijo con su voz dulce, pero con la seguridad de la belleza de una hoja de oro. Pensé unos segundos y le pregunté: ¿Unas alas de libertad? Luego de su silencio, me preguntó. ¿Qué llevas, tú, en el hombro? Subí la manga y le mostré las alas a las que me refería. "De acuerdo", me respondió con la sonrisa azul de sus labios.

Ella y él se habían conocido un año antes, en un pequeño bar, al norte de la ciudad. "Los hombres no buscan esposa en un bar", casi se me escapa decirle cuando la escuchaba, pero me contuve porque lo que yo estaba sintiendo por ella, aún sin conocerla, iba más allá de mi ego y hoy en día, de mi dolor. Ella realizaba tres trabajos a la semana y se veían poco. Se convirtieron en pareja a pesar de las dificultades. Se encontraban una o dos veces cada siete días, para comer o cenar. Hasta que llegó el momento en que desearon pasar más tiempo juntos. "¿Por



qué no rentamos un lugar?", le preguntó él.

Ella se dio a la tarea de buscar un sitio. Lo pagarían entre ambos. Cuando encontró un departamento tan hermoso como inmortal, lo citó para mostrárselo. Estaban a punto de firmar el contrato cuando él la invitó a cenar al bar donde se habían conocido. Ordenaron un par de sándwiches. Se miraron frente a frente y notaron que las luces brillaban hasta molestar en sus pupilas. Pidieron cambiar de mesa. El mesero ayudó en el traslado de las bebidas.

Ella comenzó a hablar con emoción del departamento que les esperaba para vivir juntos. Él realizaba algunos gestos ahora casi imperceptibles: ella comenzaba a acostumbrarse a ellos y a sus comportamientos extraños, tan raros como los regalos que le hacía cuando salía del país y regresaba con: un auto a escala de carreras, de la copa Nascar; unos shorts tailandeses de combate, Muay Thai; un balón de fútbol del equipo Barcelona. Juguetes que a ella no le interesaban.

Ella hablaba del tamaño de la cocina en el departamento que les esperaba. Enorme y de acero inoxidable. "Hay algo que no sabes, que no sé si sea relevante", le dijo él. "Ajá". "No importa que yo sea casado, ¿verdad?"

Las palabras oscurecieron el sonido que vibraba a través de los ojos de ella. Se halló ante una higuera seca, a punto de ser encendida en llamas por el demonio. ¿Se trataba de una broma? Él estaba enamorado, pero no podía dejar a su

mujer. Su dinero dependía de ello. Trabajaba para su suegro: un empresario importante en la ciudad. Él le proponía hacerse cargo de la renta mientras ella se levantaba de la mesa para irse sin decir adiós. No hubo más palabras; no hubo más contacto.

Cuando terminé el tatuaje y coloqué el espejo frente a su tobillo para que viera el resultado, me dijo: "Eres muy bueno haciendo lo que haces". Me levanté rápidamente para alcanzar el plástico protector. "Quisiera tener una oportunidad contigo. Quiero conocerte", le dije volviendo a sentarme. Me señaló, con la mirada, el tatuaje de las alas. "Tengo un nuevo compromiso con la libertad. ¿Podrías con ello?"

No estoy seguro de que uno deba perseguir todo lo que desea en esta vida. Pero a veces vale la pena. Aunque afirmo que la suma de dolores que he dejado en otros, con la tinta y las agujas, en nada iguala mi tortura cuando no tengo noticias... en los días y las noches cuando no sé nada sobre ella.

NUNCA DIGAS NUNCA.

OLGA DE LEÓN G.

Cerró tras de sí la puerta y no miró hacia atrás. Caminó tranquila, calma y con certera actitud que se notaba en sus pasos: sin apresuramiento ni indecisión. Giró a la izquierda y cruzó la acera. Luego siguió en línea recta varias cuadras y cuando descubrió la dirección que buscaba, dio vuelta a la derecha y caminó, bajo la penumbra de la temprana

noche del otoño, varias cuadras más hacia adelante. Sin mirar atrás y con la mente muy clara de a dónde quería llegar: "hasta el fin del mundo como lo había conocido..." y salir de él, de ese en el que había estado atrapada por mucho tiempo.

A partir de ese momento, su pensamiento fue más claro y su vida cobró sentido. Pensaría más en sus cosas, en lo que podía hacer con lo que sabía y dominaba, aunque se le hubiesen oxidado un tanto las ideas dormidas en el interior de sus anhelos copados por las necesidades inmediatas del otro, de él, e incluso de ellos, de todos los que siempre esperaban sus acciones para luego solo animarla con una palmada en la espalda, o un: tú puedes...

Sí, siempre había podido con cualquier adversidad u obstáculo que le ponían las circunstancias, manteniéndola atada a brindar apoyo a todos; pues antes, incluso, de que ella pensara en sí misma, pensaba en los que la rodeaban y habitaban en su mundo como satélites con luz propia... Mientras ella era ese gran astro cálido y amoroso, aunque apagado, que regalaba su luz y su tiempo sin discriminar y sin ver cuánto podía dar antes de que ella se quedara a oscuras.

La gente que la vio pasar, ese día, caminando con pausa y aplomo, casi no la reconoció. De no ser por la sonrisa que llevaba tatuada en el rostro (¡eso, de toda su vida!), realmente, nadie la habría reconocido.

Pasaron más de diez años de su abandono del lugar en donde había vivido por más de treinta años; ahora pintaba muchas más canas, unas cuantas arrugas más en el rostro y veinte kilos que fue dejando en el trayecto, todos los que había ganado cuando se negó a ser... y, hacer algo solo para ella, por el placer de saber que podía hacerlo.

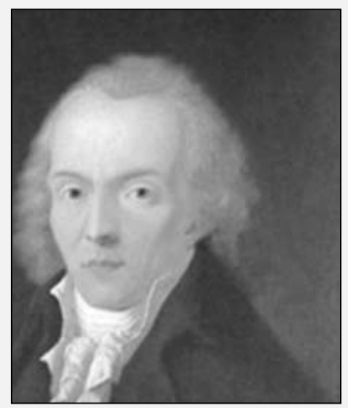
Entonces, tras los años con su nueva vida, una mañana de esas en las que salía a caminar por las veredas del bosque más cercano a donde vivía, vio que de frente se acercaba el que un día fue el amor de su vida. Tembló de pies a cabeza, en cuanto entendió que venía en su misma ruta y en el sentido contrario, por lo que seguro la reconocería: ¡ingenua mujer! Se olvidaba de que ya no era la misma, no lucía como cuando salió de aquella casa, cerró la puerta tras de sí, y se dijo: nunca regresaré... Y, no regresó...

Hasta ese día en el que el destino la ponía a prueba: era o no era otra y la misma, pero más madura, libre, dueña de sus ideas y de sus decisiones.

El hombre pasó sin verla... No era una mujer que a él le gustara mirar: no era joven ni atractiva. Ambos -con cachucha y lentes oscuros- inclinaron la cabeza y siguieron su camino...

A partir de ese instante, su filosofía de vida: "Nunca digas nunca", cayó en el olvido. Quizás el destino un día la alcance y pensará distinto.

La sonrisa tatuada en su rostro jamás había sido más sincera y apacible que esa mañana. Las cadenas estaban rotas.



Jean Paul

(Johann Paul Friedrich Richter; Wundsiedel, actual Alemania, 1763 - Bayreuth, id., 1825) Poeta y novelista alemán. Opuesto a la concepción del arte y a las ideas políticas de Goethe y de Schiller, fue una de las figuras más relevantes del Sturm und Drang y uno de los mayores estilistas de la lengua alemana.

Hijo de un organista y pastor muy humilde que falleció tempranamente, Johann Paul Friedrich Richter cursó estudios de teología en Leipzig de 1781 a 1783 y adoptó el seudónimo francés Jean-Paul al publicar su primera obra, Procesos groenlandeses (dos volúmenes, 1783-1784), unos bocetos satíricos en los que se refleja la influencia de Jonathan Swift y que tuvieron escaso éxito.

Después de ello trabajó algunos años como preceptor y en 1790 fundó una escuela elemental en Schwarzenberg, que dirigió hasta 1794, momento en que el creciente éxito de sus obras -sobre todo Hesperus (1795)- le permitió vivir de la literatura. Entre 1796 y 1800 estuvo a menudo en Weimar, donde trabó amistad con Herder y polemizó con Goethe y Schiller, de quienes rechazaba la estética y las ideas políticas. Después de múltiples cambios de residencia, en 1804 contrajo matrimonio y se instaló definitivamente en Bayreuth.

Lirismo, musicalidad y humor caracterizan la obra de este «romántico de la novela» influido por Rousseau. Su idealismo lo condujo a explorar la «patria de la imaginación», con un estilo siempre marcado por el humor y el ingenio, lo que le hizo muy popular. De su etapa como maestro destacan Vida del alegre maestrillo Maria Wuz en Auenthal (1790), La logia invisible (1793), la citada Hesperus (1795), que lo convirtió en uno de los escritores más famosos de su tiempo, Quintos Fixlein (1796) y Siebenkäs (1796).

De su obra posterior sobresale su novela Titán (1800-1803), considerada su obra maestra, en que fijó su ideal de educación del hombre. Deben citarse también Años de tuna (1804-1805) y sus escritos estéticos y políticos: Escuela preliminar de estética (1804), Pequeño tratado de la libertad (1805), Sermón de paz a Alemania (1808) y Crepúsculos de Alemania (1809). Una de sus últimas novelas ha sido situada entre las precursoras del realismo del siglo XIX: se trata de El viaje del Dr. Katzenberger al balneario (1809), un acabado retrato de un cínico.

ad pedem literae

"El hombre no revela mejor su propio carácter que cuando describe el carácter de otro"

Jean Paul

Letras de buen humor

"Que hablen de uno es espantoso. Pero hay algo peor: que no hablen."

Oscar Wilde

Enrique Márquez

Venecia en mi corazón

"Venecia tiene peces de nueva sensatez / sobre su ruina / constantino / los verdugos / a medida que crecen / instalan de bata blanca el golpe / los locos en el batiscafo / en el hotel los señores / ¿quién en este sitio sigue a sus sensuales efebos / les agita turísticamente la cabellera / y ya sin gafas lustra mercante tiburón su cola? / con el imperio se levanta la plaza / se oculta el astrolabio / la realeza con palomas se abanica / y tira su seda de nostalgia / porque se sabe enferma de agua profunda / la marea víctima de la circunstancia / la desgastada alondra zurra en el balcón / ¿en qué lugar del loco leproso / la campana de espartaco / al dictador acosa? / se queda sin venecia el sol / sin los púrpuras aretes de una diócesis dama desgarrada / vista al mediterráneo / los navegantes / cónsules agrios / fronterizos mueren."

Cargada de historias, de zafios mercaderes, Venecia se hundía como se hunde hoy.

Yo tenía apenas 20 años cuando escribí este texto sin más, pues no conocí la laguna Veneta hasta diez años después, con el viento viendo hacia el Adriático como una bandera romana de nunca estar en paz.

Venecia la de Giacomo Girolamo Casanova, desterrado a sus cuarenta y tres por los poderosos y díscolos consejeros del palacio Ducal.

Venecia en mí, lejana, porque nací en el desierto, desafiante en mí este sueño

oculto detrás de tantas y tantas máscaras, a 4 kilómetros de tierra firme, a 2 de mar abierto, 118 islas sin fin, pequeñas, unidas por casi 400 puentes sobre 160 silenciosos canales.

"Venecia tiene peces de nueva sensatez..."

Cuando la conocí, pasé una noche en vela en la casa mismísima donde nació Marco Polo, que recorrió la ruta de la seda sin el más mínimo amor.

Una noche en vela y muchas más, porque el agua no dormía aumentando la intensidad...

Venecia, Venecia en mi corazón, cuando al cruzar —no hace mucho— la laguna buscando la ruta de París, en plenas cuatro de la mañana, hasta el vaporetto gozoso llegaba Charles Aznavour.

"Venecia tiene peces de nueva sensatez..."

Venecia en mí que apenas vivo en un mundo tan dedicado a enrarecer el amor. Más crédulo que antes aunque más descreído que siempre.

Circular y cuadrado. Infeliz, sin cordura.

Loco y atado, como Shylock el usurero veneciano que decidió prestar 3000 ducados a Antonio su amigo que quería enamorar a una rica heredera (Porcia) con la condición de que, si la suma no era devuelta en la fecha indicada, Antonio tendría que dar una libra de su propia carne de la parte del cuerpo que Shylock dispusiera.



Locura y más locura.

"Venecia tiene peces de nueva sensatez / sobre su ruina / constantino..."

Ay, ese Shakespeare, insólito e inédito. Lo mismo escribió para Sigmund Freud que para la eterna broma inglesa.

Más crédulo que antes aunque más descreído que siempre, sigo vagando por este mundo imaginario y triston, poblado de fantasmas, de iniciativas de memoria cuando somos ya, casi todos, memoria y olvido, amores y vientos evadidos. Muertes sin desearlo.

"Peces de nueva sensatez..."

Almas en desencanto, patriotas con patrias resentidas o engañadas, jalonadas por la desmesura ignorante.

Por el poder incontentible como un caballo etrusco con testa de odio y acero. Conciencias, buenas o malas.